

PERSONAJES ILUSTRES

ANT

XIX

1277/6

ALARCÓN

ESTUDIO BIOGRÁFICO

POR

EMILIA PARDO BAZÁN

PRECIO: UNA PESETA

MADRID

SAENZ DE JUBERA, HERMANOS

10, Campomanes, 10

PEQUEÑECES...

CURRITA ALBORNOZ

AL P. LUIS COLOMA

Precioso libro anónimo, atribuido á don Juan Valera por la sal y pimienta con que está escrito.

Precio: **Una peseta.**

COLECCIÓN DE LIBROS ESCOGIDOS

I

LA SONATA DE KREUTZER

POR EL

CONDE LEÓN TOLSTOY

En un estudio que la Sra. Pardo Bazán ha publicado acerca de Zola y Tolstoy, los más grandes novelistas contemporáneos, dice la ilustre escritora: «Tolstoy podrá escribir fábulas originales, pero endebles, v. gr.: *Pánfilo y Julio*; en cambio, cuando acierta, marca la huella profundísima de su garra de león, creando un drama tan real, tan hondo, tan amargo, tan sublime — no es hiperbólico el elogio — como *La Sonata de Kreutzer*, acaso la novela más profunda y genial de la temporada del 90 á 91.»

Elegante volumen correctamente traducido del ruso. **Tres pesetas** en las principales librerías.

ALARCÓN

LIBRERIA A. JIMENEZ
LIBROS ANTIGUOS
Plaza de la Villa, 1
MADRID-12

R. 31.769

PERSONAJES ILUSTRES

ALARCÓN

ESTUDIO BIOGRÁFICO

POR

EMILIA PARDO BAZÁN

MADRID

IMP. DE LA COMP. DE IMPRESORES Y LIBREROS

Á CARGO DE D. A. AVRIAL

San Bernardo, 92



ES PROPIEDAD

¡Dichosa edad y siglos dichosos aquellos
en que había Moros y Cristianos; en que cada
pueblo luchaba y moría por su fe; en que
el idealismo dirigía las acciones humanas,
en que esta corta vida ~~pasaba~~ un torneo,
donde se disputaban los hombres el derecho
a la inmortalidad; en que el alma era
señora del cuerpo, y no su esclava y su
cautiva; en que todos se consideraban
iguales, no porque todos secretamente
autónomos, sino porque todos sabían que no
eran nada ni nadie ante Dios, y en que
el error consistía, no en desconocer (como
se desconoce ahora) que nos abulta un
espíritu inmaterial, que nos espera otra vida
y que Dios no aguarda en ella, sino úni-
camente en la mala elección de los medios para
lograr tan altos fines!... — ¡Dichosa edad,
sí, y dichosos siglos aquellos en que había
Mahometanos y Judíos en España, en
lugar de ateos o de pirrónicos, y en que
se sublevaron los pueblos por su fe
propia, y no, como hoy, por la
hacienda ajena!

P. A. de Maron



D. Pedro Antonio de Alarcón.

PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN

I

Juventud.—Primeras aventuras.—Bohemia literaria
y política.

LA noticia de la muerte de Alarcón ha levantado gran clamoreo, y, por espacio de media semana, llenó la prensa un nombre que iban deshabetuándose de componer los cajistas de periódico. Enfermo, retraído, puede decirse que incomunicado con el mundo, Alarcón ya no pertenecía á la hueste de los literatos militantes; y tan persuadidos estábamos todos de su grave estado y de la proximidad de un desenlace triste, que hará cosa de un año corrió la falsa nueva de su fallecimiento, y más sorprendió desmentida que propalada.

Al bosquejar la biografía ó necrología del escritor ilustre, principio diciendo que esta tarea pudo desempeñarla harto mejor alguno de los compañeros de la bulliciosa juventud y vida bohemia del autor de *El Escándalo*, entre los cuales no faltan excelentes escritores. Tendría así la historia de la vida de Alarcón y el estudio de su personalidad el intenso colorido que yo no podré darle, pues ni pertenezco á su generación literaria, ni le he tratado sino muy superficialmente. Además contendría datos inéditos y curiosos; sería *diario de testigo*, no relación de historiógrafo que descansa en el testimonio, indirecto ya, de los documentos. Estos mismos documentos escasean: no conozco más biografía algo extensa de Alarcón que la puesta por D. Mariano Catalina al frente de la primera serie de *Novelas cortas*: trabajo que sólo alcanza hasta 1881. Verdad es (digámoslo para cobrar ánimo y esperanza) que la biografía de Catalina es utilísima, y que en las obras mismas de Alarcón rebosa la autobiografía, y hay mucho lirismo, mucha página transparente, mucho párrafo de esos en que un autor se confiesa con el público... Á ellos me atendré, citando textualmente; y

sobra añadir que agradecería muy de veras, para el caso de la reimpresión de estas páginas, toda rectificación ó aclaración que me faciliten los amigos íntimos del muerto, cuya memoria quiero y debo respetar.

Previas estas salvedades, contemos la agitada, varia y azarosa existencia del escritor que sirvió de puente entre el romanticismo más descabellado y huero, y el realismo más castizo y donoso.

Alarcón nació el 10 de Marzo de 1833, en la provincia de Granada y en la ciudad de Guadix, que según nos informa él mismo, «tiene catedral, alcazaba árabe, río, huertas, vega, olivares, viñas, sierra, batallón provincial (hoy *de depósito*), juez de ascenso, dos lápidas romanas y un relieve fenicio....», y con tener tantas cosas buenas del orden arqueológico y del topográfico, era, sin embargo, cuando vino al mundo el que había de ser su hijo más esclarecido, una pobre ciudad agrícola, ó por mejor decir una ciudad de colonos. «Los duques y marqueses á quienes se repartió su territorio después de la Reconquista (y cuyas grandes y ruinosas casas, coronadas de torres, se ven todavía en solitarias calles) se habían

ido á vivir á Granada ó á la corte de las Españas: los otros *pobladores* empezaban á confundirse con la plebe, á consecuencia de la desvinculación, que había fraccionado sus caudales: las Órdenes religiosas, dueñas de la mitad de la riqueza, habían sido privadas de sus bienes y suprimidas; el Provincial, su ilustre batallón provincial, se hallaba en Navarra ó Cataluña peleando contra el Pretendiente; el Ayuntamiento veía limitadas sus atribuciones; los antiguos Corregimientos no existían; todo el mundo vestía ya de paisano, sin capa de grana ni espadín; los tradicionales gremios pertenecían á la historia; la *Alcazaba* era un montón de ruinas. De la antigua grandeza sólo quedaba en pie un monumento, y ese era la catedral.» A esta catedral, alma y vida de Guadix, único poder que conservaba su primitivo esplendor y magnificencia en la ciudad decadente, declara Alarcón que debió sus primeras impresiones artísticas, confirmando una vez más la fuerza sugestiva de las catedrales, reconocida por Renan. ¡Ah! ¡Una catedral no puede verla con indiferencia sino quien carece de fantasía!

Tan deslustrada como Guadix estaba la

familia en cuyo seno nació Alarcón; las luchas del patriotismo, á principios de siglo, la habían dejado casi arruinada, y para aumentar sus apuros, vinieron diez vástagos á llenar la casa de D. Pedro Alarcón y su esposa doña Joaquina Ariza. El futuro novelista hacía el número cuatro de esta numerosa prole, y aún alcanzó á ver, conservados como reliquias, la capa de grana y el sombrero trípico de su abuelo el Regidor perpetuo, indicio de que, antes de la invasión francesa, los varones de su estirpe se contaban entre los más graves y calificados de Guadix. — La mutación de los tiempos y la imposición de las circunstancias, pusieron á Alarcón á dos dedos de cantar misa. Sus padres, que habían principiado á costearle en la Universidad de Granada la carrera de Leyes, no pudieron prolongar el esfuerzo, y se vieron precisados á confinar á su hijo en el estudio de la Teología, señalándole como campo de probable medro la Iglesia. Más el joven estudiante, abrasado en devoradora actividad, con el alma llena de aspiraciones, y sueños sintiendo brotar en ella á chorros el espíritu aventurero y la poesía, resistió vigorosamente. La lucha que sostuvo

para no ordenarse, es de las páginas más interesantes de su biografía, y la narra el Sr. Catalina con tal acierto, que lo mejor que puedo hacer es cederle la palabra. «Tal resolución (la de que Alarcón cantase misa), vista con imparcialidad, no dejaba de ser razonable: tenían muchos hijos, y era muy natural que aspiraran á que los mayores fueran con el tiempo guía y amparo de los pequeñuelos. La carrera eclesiástica, ya entonces decaída y maltrecha, no lo estaba tanto como ahora, y aún ofrecía subsistencia segura y decorosa: en ella podía aspirarse á elevadísimos y retribuidos puestos: y, bien mirado, si Dios se servía inclinar las dotes intelectuales con que había adornado al joven Alarcón al estudio de las ciencias eclesiásticas, no hubiera sido milagro verlo algún día con manto y muceta en coro catedral entonando salmos y antífonas, ó con báculo y mitra otorgando bendiciones episcopales. Algo de esto debían de esperar aquellos padres del despejo y capacidad de su hijo, cuando tal empeño pusieron en disuadirle de sus inclinaciones literarias, cosa muy razonable además, si se tiene en cuenta que en tales tiempos, el cultivo de las bellas le-

tras era todavía más estéril y precario que ahora....

» El mismo poeta no desconocía acaso el fondo de verdad que resaltaba en las amonestaciones de su familia; y esto por una parte, y por otra la idea del dolor y desolación que penetraría en su casa el día que él saliera de ella, le mantuvieron en un estado de lucha entre su amor filial y su vocación, violentísimo en un hombre, casi inconcebible en quien acaba de salir de la infancia.... »

No juzgo necesario seguir al Sr. Catalina en la tarea de buscar excusas y paliativos á la desobediencia filial de Alarcón. Lejos de parecerme censurable su fuga de la casa paterna, la encuentro hasta loable, dado que la conciencia le decía á gritos que, de doblegarse á la voluntad de sus padres, pararía en mal clérigo—el sér más desdichado y aborrecido en naciones católicas como España.—Cada hombre es árbitro de su destino, y la extensión *ilimitada* de la autoridad paterna ne se concilia con este humano dogma.—Yo ensalzo, pues, la bizarra y graciosa escapatoria del joven Alarcón, y encuentro sorprendente el arbitrio de que se sirvió para allegar dinero.

Consistió en escribir artículos para un semanario titulado *El Eco de Occidente*, que se fundó en Cádiz, y por lo visto logró aceptación y produjo algunos ochavos á sus redactores. Con tan inverosímil maná en el bolsillo, pudo Alarcón evadirse de su hogar.... Faltábanle menos de dos meses para cumplir la crítica edad de veinte años.

El momento en que Alarcón se arrojó á la lucha destellando fuego é ilusiones, era de los más turbulentos de nuestra historia contemporánea. Reciente el triunfo de la revolución en Francia, desvanecido el íris de paz que hiciera brillar sobre dos fórmulas sociales, al parecer inconciliables, la palabra evangélica de Pío IX, en España el liberalismo pugnaba por que no le ahogase en su cuna la reacción, que llevaba todavía la mejor parte. La férrea mano de Narváez había preservado á España de los sacudimientos que conmovían á nuestros vecinos ultrapirenaicos, ya que no dominado la mal extinguida hoguera de la guerra civil; pero el volcán ardía interiormente, y bastaba su sorda trepidación para estremecer el suelo. La atmósfera estaba caldeada, y sus átomos tenían que inflamar todo pulmón

juvenil. Respirábase ambiente revolucionario, y la popularidad de la reina Isabel II, cuyos últimos resplandores brillaron después del atentado del cura Merino, andaba ya tan seriamente comprometida, que principiaba á bullir la idea del destronamiento y del cambio de dinastía, idea realizada quince años después. Y el hombre que había de minar el trono que otros derrocaron; el iniciador de nuestra corrupción política; el Maquiavelo de cuartel que se llamaba Leopoldo O'Donnell — destinado á concebir la fórmula, laxa hasta la más profunda inmoralidad, de la *unión liberal* — el futuro protector de Alarcón (para decirlo de una vez) ya preparaba la *vicalvarada* famosa, principio de los acontecimientos que obligaron á la desdichada hija de Fernando VII á reconocer que «una serie de deplorables equivocaciones» la había separado de aquella nación, pronta, algunos años antes, á hacerle muralla y escudo con sus pechos. — Alarcón encontraba á su patria en uno de esos estados transitorios en que una sociedad se disuelve moralmente, aunque en la apariencia se mantenga en pie; en que las ideas nuevas hierven y revientan en furioso espumarajo,

porque una gran fuerza de inercia las comprime; en que se anuncian y presienten, no evoluciones graduales y lentas, sino trastornos súbitos; en que una nación comprende que se ha quedado rezagada y quiere correr en un día lo que no anduvo en medio siglo; en que el encono de la lucha obliga á cerrar los ojos respecto á los medios; en que brotan del suelo regado con sangre, como venenosos abrojos, la calumnia, el libelo, la sátira; en que prosperan el periódico clandestino y la soez caricatura; en que la sociedad es el Océano, y el hombre de inteligencia y voluntad el corsario. En esta clase de períodos de la historia, el joven resuelto á abrirse camino encuentra muchos, no todos rectos, y le tienta, y casi se le impone el *condotierismo* político.... Según los hechos relatados en su biografía y atestigüados por él mismo, Alarcón tropezó á las primeras de cambio en este escollo.

Nótese que voy ciñéndome más bien á la historia política y dramática de Alarcón, que al conocimiento de sus orígenes literarios de los cuales aquí solo de pasada he de tratar; y bien podría correr como quien resbala, sobre esta parte de su juventud si en ella no se

contuviese la explicación de ciertas fases de la edad madura....

Fué la primer salida de Alarcón á Madrid la clásica odisea del vate novel que desembarca en una capital, llevando por viático algunos centenares de cuartillas, que cree suficientes para inflamar sin dilación la pólvora del entusiasmo y ascender de un brinco al pináculo de la fama.... Eran sus cuartillas la inevitable obra de reflejo, que inspira el espejismo de la admiración á los muchachos precoces en letras: una continuación del *Diablo Mundo*. Otros autores la tenían ya escrita y aun publicada, y el mozo granadino pudo convencerse de que por ahí no iría á ninguna parte. Esto, el acabarse los dineros y la suerte de soldado que cayó sobre él le volvieron al poco tiempo mohino y de mal talante, á la casa paterna. Su familia mostró loable transigencia; no contenta con redimirle, le dió suelta otra vez, permitiéndole sentar sus reales en Granada. De esta época procede la fundación de la famosa *Cuerda granadina*.

A la sazón el individualismo y el *chacun pour soi* no formaban parte integrante del credo literario: la juventud era más expansiva,

alegre y vibrante, y la lectura de Balzac y la organización del *Cenáculo* romántico francés inspiraban esta clase de asociaciones, frecuente origen de amistades robustas. De los afiliados á la *Cuerda*, pudieron acompañar á Alarcón á su última morada (por ser todavía, á pesar de los años y las canas, sus más entrañables amigos) Castro y Serrano, Fernández Jiménez, Manuel del Palacio..., tal vez alguno más: especifico á estos tres, porque tengo el gusto de tratarlos, y porque de sus labios he oído, en mi casa y en la de mi buena amiga la señora de Riaño, anécdotas sabrosas referentes á la *Cuerda*, transformada en *Colonia granadina* cuando se trasladó á la corte. Los fastos de la *Cuerda* son el lado bohemio de la vida de Alarcón. Aquella colección de muchachos de tanta chispa, despejo, cultura y facultades literarias, andaba siempre á la cuarta pregunta, y si lograba algún dinero, se apresuraba á despilfarrarlo con principesca largueza y oriental desdén. La antigua *Cuerda*—nos dice Catalina—poseía en *comandita* un humildísimo sotabanco, y ostentaba el expresivo lema de *¡Sin un cuarto!*, «que tenía la ventaja de ser además de lema, verdad in-

discutible.» «Desde las alturas de aquella desencantada mansión, llovieron á porrillo sobre la corte versos, artículos, chistes, melodías, dibujos, cuentos y anécdotas que llegaron á ser celebrados y pedidos con ansia por la culta sociedad madrileña: con esta benéfica lluvia de gracias, cayeron también los nombres de sus autores, y muy pronto se popularizaron y aun se hicieron célebres; pero siempre, eso sí, siempre *¡sin un cuarto!*» Yo creo que fué á Castro y Serrano á quien oí referir, entre otras graciosas humoradas, el banquete que ofrecieron aquellos tronados favoritos de las Musas á un opulento banquero, convidándole..., á que pagase, arbitrio que él tuvo por salvador, pues los granadinos, á fuerza de elocuentes discursos en prosa y verso, ya le llevaban convencido de que el comer es cosa fea, á menos que se entienda por comida el espiritual manjar del ingenio y de la broma.

Comprendamos esta etapa bohemia, que hoy la juventud desconoce, y que era fruto de la imitación de las letras francesas, imitación de que adolecieron Alarcón y su época (digámoslo claramente), más, mucho más que los que

vinimos después. Aquellos brillantes mancebos parecían llamados á realizar el programa de Jorge Sand: «Narguons l'orgueil des grands, rions de leurs sottises, dependons gaiement la richesse quand nous l'avons, recevons sans souci la pauvreté si elle vient; sauvons avant tout notre liberté, jouissons de la vie quand même, et vive la Bohême!» Tiene, sin embargo, su reverso esta medalla, al parecér toda alegría, imprevisión y juventud; ofrece su lado melancólico y turbio esta poesía descuidada y aventurera del romanticismo. Debían de correr los tiempos de la memorable *Colonia*, cuando en una misma semana dijeron de Alarcón el marqués de Molins y Eulogio Florentino Sanz: «¡Este muchacho tendrá el desenlace de Larra!» «¡Este chico tiene cara de suicida!» Por aquella misma época fué cuando á la romancesca bohemia literaria se mezcló la sospechosa bohemia política..., y Alarcón consumó lo que se llama, en su biografía, la «calaverada» de *El látigo*.

Ya en Granada, terciara Alarcón en las revueltas políticas, poniéndose al frente del movimiento insurreccional, sorprendiendo un depósito de armas, y fundando la hoja anticler-

rical titulada *La Redención*. Otra se publicaba en Madrid—cuando Alarcón pasó á la corte—que se llamaba *El Látigo*, y por las señas que leemos sería digno *pendant* de aquel clandestino *Murciélagos* que aconsejaba, como lección de moralidad, colgar del balcón principal de la Casa de Correos á D. José de Salamanca. De este *Látigo* nos dice la *Siluetta* de Alarcón, publicada á raíz de su muerte por el muy ameno periódico *El Herald de Madrid*, que era « como un anuncio de *La Lanterne* de Rochefort. » Catalina nos lo describe en un párrafo gráfico. « Por aquellos tiempos publicábase en Madrid *un libelo*, más bien que un periódico satírico, destinado á derribar á la Señora que ocupaba el trono, y apadrinado por un alto personaje que después ha muerto con reputación de ser el arquetipo de la lealtad. ¡Así es el mundo! Todavía en aquella época había partidos y políticos creyentes, y contra *El Látigo*, que así se llamaba el periódico, se levantó una cruzada de partidarios leales de la monarquía, aunque caídos por aquel entonces, dispuestos á defender por todos los medios á la reina y á la Señora. Su entereza y decisión logrólo de manera que á poco las re-

tractaciones se hicieron casi diarias, frecuentes los cambios de director y redactores, comunes las actas de compromiso á no repetir los ataques á la persona que ocupaba el trono, y el periódico quedó sin interés ni atractivo por falta de escritores que se atrevieran á continuarlo en el tono y sentido en que había sido fundado. Así estaba *El Látigo* cuando le ofrecieron á Alarcón la plaza de director, sin ocultarle los riesgos que llevaba consigo. »

Alarcón aceptó — prosigue su amigo y biógrafo — porque tenía veintiún años, sangre revolucionaria y meridional, porque fiel al programa consabido, se encontraba *¡sin un cuarto!* y veía pronta ocasión de hacerse célebre. Consigno la apreciación del Sr. Catalina sin quitar ni poner: Alarcón tenía á su biógrafo por excesivamente indulgente, lo cual indica que reconocía con creces aquel gordo pecado de la mocedad. « El Alarcón de *El Látigo* » — dice la *Siluetta* de *El Heraldó* — « no conoció respeto humano ni divino. El ímpetu juvenil, la sangre mora, la lucha por la vida, el ansia de *llegar* al aplauso conquistado en las calles, la popularidad alcanzada en un día, sirvieron de estimulantes á la pluma

brillantísima transformada, burla burlando, en damasquino puñal ».

De buen grado registraría la colección de *El Látigo* para ofrecer á mis lectores alguna muestra de esas puñaladas, que tengo para mí han de ser dignas del registro. De todas maneras, demos por supuesto lo de que allí no se conocía, «respeto humano ni divino», y observemos que tal empresa sólo podía encontrar excusa en los riesgos que llevaba consigo, y que Alarcón había de tocar bien pronto y de un modo bien trascendente para su porvenir. Porque si no entrañase riesgo, y riesgo de la vida, todos me concederán que es aún más reprochable y menos caballeresca hazaña la de servirse de la pluma como de un puñal, escribir un libelo contra una señora, y no respetar cosa alguna en el cielo y en la tierra. El riesgo, si no cohonestaba tales demasías, les quita su carácter antipático y rastrero. Y el riesgo vino, inminente, apremiante, y casi milagrosa la salvación de él: porque algo tiene de asombroso el que Heriberto García de Quevedo, con la existencia de Alarcón en el cañón de su pistola, lo alzase disparando al aire y perdonando la vida á tanta hermosa página como le quedaba

por escribir al entonces «joven y terrible libelista».

Para juzgar más benignamente este periodo de la actividad de Alarcón, hay que tener en cuenta..., lo que tan á menudo suele olvidarse: las circunstancias históricas, el ardor de la lucha. Libelos escribían entonces, y libelos siguieron escribiendo años después (cuando Alarcón ya había sosegado) algunos literatos dignos de dar á sus facultades mejor empleo, pero obedientes á la ley, imperiosa y coercitiva, del momento y de la ocasión. No necesito citar nombres. Si Alarcón no hubiese pecado, en los últimos tiempos de su existencia, de intolerancia excesiva para con manifestaciones literarias muy más pacíficas, inofensivas y legítimas que *El Látigo*, hasta tendríamos escrúpulo de recordar esa hora de leonina calentura política y de ansia inmoderada de *parvenir*.

La guerra de Africa.—Últimas aventuras.—Carrera política frustrada.

De cualquier modo, el instante del lance personal con Heriberto García de Quevedo, declara Alarcón que fué para él punto menos decisivo y solemne que para Saulo el perseguidor el que le vió besar el polvo de la ruta de Damasco. Reproduzcamos su franca declaración. «A los veintiún años, caballero andante de la revolución y soldado del escándalo, luché cara á cara con el poder más fuerte de mi patria, para venir á verme una mañana de Febrero, solo, en un campo desierto, á merced de mis enemigos, no sabiendo mi imperita mano defender mi vida, y debiéndosela á una noble genialidad de mi contrario, mientras que mis cómplices de redac-

ción se lavaban las manos, ó *hacían todo lo contrario de lavárselas*. Pero si mi desengaño y mi pena fueron horribles, el escándalo había sido igual; y cáteme V. ya *célebre* en la villa y corte, cuando apenas me apuntaba el bozo, y consagrado *demagogo* por las mil trompetas de la fama, *el mismo día que dejaba de serlo. Tan cierto es que aquel día acaeció algo muy grave en mi corazón y en mi inteligencia, que desde entonces hasta que volví á publicar una idea política, ¡dejé pasar nueve años!..., toda mi juventud* ».

Notemos de pasada el origen *lírico* de las principales obras de Alarcón, pues así como la capa de grana, el espadín y el trípico del abuelo engendraron el delicioso cuento del *Corregidor y la Molinera*, en los párrafos que acabo de reproducir está la génesis de la historia de *Fabían Conde*. Pero notemos también lo impresionable del temperamento de Alarcón, lo crespó y alborotado de su alma de semita. Sus ideas revolucionarias no fueron hijas del raciocinio; su conversión al « periodismo sano y elevado » tampoco lo fué. Ya sé que no es grano de anís el verse con la boca de una pistola apuntada á la frente ó al pecho; sin

embargo, á los ventiún años y con *verdadera condición aventurera*, ¿quién no encuentra dulce el sabor del peligro corrido y conjurado? ¿Quién no se afianza mejor sobre las plantas de los pies, desde que recibe el bautismo del combate y mira cara á cara á la inofensiva, á la despreciable muerte? Se me dirá que á Alarcón no le asistía en aquella aventura la conciencia de haberse arriesgado por justa causa. Cierto, y eso mismo confirma mi observación. Alarcón había entrado por *impresionabilidad* en *El Látigo*, y por *impresionabilidad* se convirtió después del duelo. Lo escribo sin reticencia, con toda la lealtad que acostumbro, pues ni á mí ni á nadie puede ocurrir poner en duda el valor personal del futuro voluntario de África.

Entre las muchachadas políticas de Alarcón que reseñadas dejamos y el alistamiento contra el moro, transcurre un periodo de paz y laboriosidad, de retiro en Segovia, de viajes á Francia, de ejercicio de la pluma, y supongo que también de alguna historieta juvenil. Sea como quiera, este lapso de tiempo no pertenece al biógrafo, al menos por ahora.—Lo único que resalta sobre estos años, en cierto

modo anónimos, es el fracaso de un drama, *El hijo pródigo*, estrenado en Madrid el 5 de Noviembre de 1857, á beneficio del primer actor D. Joaquín Arjona. La caída de este drama parece haber causado en Alarcón otra impresión indeleble, alejándole para siempre de la escena. Veintisiete años después aún habla con amargura de aquella noche que no puede olvidar, y atribuye á una confabulación ó complot el fiasco. No es ocasión aquí de ventilar este punto: baste á mi propósito notar otra vez la vehemencia de sentimientos y lo irritable é impaciente del amor propio de Alarcón.

Por entonces dice su biografía que penetró Alarcón en el *gran mundo*, donde le esperaba, para lo venidero, buena clientela de lectores. Allí debió de recoger elementos para *El Escándalo*, *La Pródiga* y *El Capitán Veneno*. La atmósfera de los salones, tomada como *etapa de camino*, es—dígase lo que se quiera—favorable al novelista: allí se ejercita plenamente cierto género de observación muy *nuancée*, muy delicada, muy sagaz, porque tiene que buscar el alma bajo la coraza más resistente—que es la de un vestido de seda.—La fiebre

romántica ya se había calmado: Alarcón había atravesado la Bohemia sin detenerse, y del poeta melencólico de antaño, el del rostro de suicida, iba surgiendo el escritor aplaudido, próspero, mimado, con risueño porvenir, reconciliado con el mundo y consigo mismo, y famoso ya en la hermosa edad del sexto lustro:

Por entonces el conde de Lucena, dando una prueba más de su mañosa arteria, que no reparaba en medios ni escrupulizaba en arruinar ó desangrar á la nación con tal de llegar á sus fines, quiso entretenernos con una algarada mora, y encontró en el candor y vivacidad de nuestro patriotismo apoyo para aquel *moxa* ó derivativo de nuestras inquietudes políticas que se llamó la *guerra de África*. Hombres sensatos y previsores (mi inolvidable padre se contó en este número) la desaprobaron por innecesaria, como la habían de reprobar después por infecunda; pero, dada ya la señal de ataque, nos sentimos todos unidos por esa solidaridad sublime que forma la nacionalidad... y hasta nos entusiasmos... (hablo en general, pues yo, con mis siete ú ocho años de edad, claro que me

archientusiasmé, hasta palotear mis primeros versos).—Las tropas españolas habían pasado el Estrecho, y con ellas iba, en calidad de soldado voluntario, Pedro Antonio de Alarcón.

Bien dice Catalina—á quien tengo que exponer, porque sus juicios sobre Alarcón revelan sumo acierto—que «aquellas ardientes aventuras políticas de Granada, aquellos discursos revolucionarios del *bienio*, aquellos artículos furibundos de *El Látigo*, no eran sino emanaciones del belicoso patriotismo que ardía en su alma, y que, pugnando por desbordarse, salía por cualquier parte en busca del peligro....», pues «Alarcón no era revolucionario, como no lo han sido tal vez la mayor parte de los hombres que han figurado en la Revolución; pero tenía en su alma el calor y la inquietud propios de los hijos del Mediodía...» Verdad y muy verdad. Ni revolucionario, ni realmente político (á pesar de sus apasionadas campañas) fué, en realidad, Alarcón. Su fantasía, su sensibilidad, su vehemencia, y las circunstancias exteriores, pueden darnos la clave de cómo pasó de demagogo á conservador *ultra*, y de bohemio romántico á defensor de «la moral en el arte.»

Ya le tenemos soldado del batallón de Cazadores de Ciudad-Rodrigo, vistiendo levita abrochada con una carrera de botones, pantalón encarnado y leopoldina; haciendo la travesía de Málaga á Ceuta, incorporado al ejército de operaciones que se disponía á castigar al «infiel marroquí». Su *hoja de servicios*, que han exhibido los periódicos, nos dice que el joven escritor militaba á las órdenes del Teniente General D. Antonio Rós de Olano, y que era Comandante de la primera división, á que su batallón pertenecía, don José Antonio Turón. — Y también nos entera de que Alarcón se halló en la acción del 15 de Diciembre, y en la del 17 del mismo mes, sosteniendo la retirada del cuerpo de reserva sobre las alturas de los Castillejos; y asimismo en las ocurridas al frente de dicho campamento los días 20, 22, 25 y 29, «y por el mérito que contrajo en dichas acciones, fué agraciado con la cruz de María Isabel Luisa, pensionada con diez reales mensuales». — He aquí á Alarcón dueño de seis duros de gloria militar al año. El 30 de Diciembre tomó parte en la brillante defensa hecha en la primer avanzada del mismo campamento, recibiendo en un

pie una contusión de bala. Pasó luego al Cuartel general del General jefe en calidad de ordenanza, y declaráronle exento de servicio para que pudiera consagrarse á escribir el *Diario de un testigo*. Á pesar de hallarse contuso, asiste á caballo á la batalla de los Castillejos, de donde le retiran á Ceuta gravemente enfermo; restablecido ya, se encuentra en los combates del río Capitanes y Cabo Negro; el 23 toma parte en la acción de la Vega de Tetuán, y sobre las lagunas; el 31 se halla otra vez con su batallón en la función guerrera de Guad-el-Jelú, tercia en dos cargas á la bayoneta, y sobre el mismo campo de batalla recibe la cruz de San Fernando. La última batalla á que acude es la del 4 de Febrero; en las notas de su itinerario de viajes del año 1860, encontramos la siguiente para el mes de Marzo. «De Tetuán á Cádiz, y de Cádiz á Sevilla y Córdoba, haciendo alto en estas tres ciudades.—De Córdoba á Madrid, en cuyo camino me alcanza y deja atrás la noticia de que la Paz se ha firmado».

La Historia de España, continuación á la de Lafuente, por Valera, Pirala y Borrego, no dicen ni palabra de la estancia de Alarcón

en África durante la guerra, ni menciona el *Diario de un testigo*. Y sin embargo, este libro de campamento (que en su lugar consideraremos desde el punto de vista literario) fué escrito en circunstancias que le prestan analogía—guardadas todas las distancias y hechas todas las salvedades—con aquella crónica del soldado Bernal Díaz del Castillo, dato seguro para conocer las vicisitudes de los españoles en Méjico. El relato de Alarcón se escribía á la hora en que, rendido por los sangrientos lances de la jornada, retirábase el autor á su tienda, encendía una vela puesta sobre el cubo de una bayoneta clavada en tierra, y en medio del silencio del campamento dormido, trazaba sus impresiones. ¡Hermosa y simpática etapa *ercillesca*, que todos los que tenemos sobra de glóbulos rojos en la sangre y el sentimiento patriótico tan intacto como lo pudo tener el *carbonero alcalde* de Lapeza, envidiamos á Alarcón!

De la popularidad de aquel *Diario*, fundamento de su extensa fama de escritor, que nos hable Alarcón mismo. «Á cincuenta mil ejemplares llegó la tirada hecha en Madrid por las prensas de mis buenos amigos los se-

ñores Gaspar y Roig (hoy difuntos); y, como el precio medio de cada ejemplar ascendió á cincuenta reales, resulta que la obra produjo *dos millones y medio*. Es decir que, deducidos gastos de impresión, y aunque aquellos señores se portaron conmigo espléndidamente (pues que, *motu proprio*, me dieron doble cantidad de la contratada) el beneficio líquido del negocio pasó, para ellos, de *noventa mil* duros.— La segunda prueba material que tuve del éxito del *Diario de un testigo*, fué que el día que salí de Tetuán para España, me ví obligado á quemar más de *veinte mil cartas* de personas para mí desconocidas, quienes me habían escrito desde todos los ámbitos de la Nación, hablándome de la guerra y de mi obra en términos tan semejantes, que sus cariñosas epístolas parecían copias de un solo original redactado por el amor patrio.—Y las quemé, porque ocupaban dos grandes baules, de difícil acarreo en tales circunstancias, y porque, tratándose de unos papeles que en cierto modo se asemejaban á lo que llamamos *Gloria*, consideré muy natural y propio darme con ellos un *gran baño de humo...*»

Gloria eran, en efecto, los tales papeles,

aunque no *gloria literaria* en el estricto sentido de la frase.... Pero dejemos estas consideraciones y recordemos que, después de las fatigas bélicas, del ingrato clima del Mogreb, y de la ruda tarea de su libro, Alarcón gozó primero un delicioso descanso en Aranjuez—descanso que, en su *memorandum*, consignó con estas cuatro palabras: «espárragos, flores y fresa»—y luego de la holgura pecuniaria debida al *Diario*, y aprovechada en la grata forma de excursiones—al Escorial, á registrar códices y sepulcros, á Sagunto, á ver el eclipse total de sol, á la Granja, donde pagó tributo á la moda de hacer hablar y voltear las mesas, y, en el otoño, un viaje en toda regla: *De Madrid á Nápoles*.

De la campaña de África no trajo solamente Alarcón fama, prosperidad, popularidad definitivamente adquirida, que ya nunca había de regateársele, sino los fundamentos de esa posición política que sirve aquí de paliativo á lo precario de la ganancia literaria—por lo cual nuestros escritores se ven obligados, entre los treinta y los cincuenta, á intervenir, á veces sin gran lucimiento, en lo que un maestro del arte francés ha llamado, con



enérgica y despreciativa frase, *sale cuisine politique*. El general O'Donnell, en medio de los cuidados del General en jefe, no dejó pasar inadvertida la presencia en el campamento de «dos periodistas jóvenes, arriesgados, deseosos de gloria», que se llamaban Pedro Antonio de Alarcón y Gaspar Núñez de Arce. El «gran zurcidor de voluntades», como le llama el periódico de donde tomo estos datos, no anduvo remiso en afiliar á los dos ilustres mozos, que ni tenían entonces ni después han demostrado tener esa fijeza y claridad de ideal, ese arraigo firme y fuerte de las convicciones, que acoraza contra semejantes tentativas de reclutamiento. Llegando el Sr. Catalina á este periodo de la vida de Alarcón, juzga con motivada severidad al partido del general O'Donnell, estampando las siguientes frases: «Su política descreída y reselladora había recogido los elementos dispersos de todos los partidos, por buenos ó malos medios; y á la verdad que no dejaba de ser práctico un partido cuyas doctrinas servían tanto á los que procedían de la Revolución como á los que venían del campo reaccionario». Castigo general de los que se dejaron engolosinar por el astuto irlandés y no

rompieron á tiempo sus redes, fué la perpetua fluctuación entre dos aguas, la carencia de criterio fijo y el infecundo escepticismo, más aún que político social, viniendo á ser, como aquellos condenados del Dante, *a Dio spiacenti ed ai nemici suoi*.

El castigo particular de Alarcón consistió en lo deslucido y desmedrado de su carrera política, á la cual consagró actividades que irían mejor empleadas en el terreno literario. Alarcón mismo nos dirá la cantidad de trabajo y sacrificios que le impuso su adhesión á O'Donnell y su segunda *calaverada* política: «Con el libro *De Madrid á Nápoles* termina la primera época de mi vida literaria. Dedicuéme entonces á escribir, por patriótico afecto al duque de Tetuán, *un artículo político diario*» (¡qué penitencia!), «protestando de mil maneras contra la ingratitud y locura que había derribado del poder á un General tan ilustre y tan apto para gobernar á España como aquel semi-irlandés *que tan á fondo nos conocea*» subrayo esta frase, que, ó es irónica, ó es candorósísima: Alarcón no la subraya). «Elegiéronme luego mis paisanos diputado á Cortes, de oposición; lo fuí después ministerial:

cuestiones de campanario, intereses de localidad, luchas parlamentarias, obligaciones de partido, destierros, conspiraciones, la temida Revolución; toda la *Comedia infernal*, en fin, de los llamados «intereses públicos», tal y como en los tiempos modernos ha sido y es representada por los Quijotes y beneficiada por los Sanchos, absorbieron mi actividad y mi tiempo, y pasáronse de este modo doce ó trece años, sin que volviese yo á componer ningún libro». ¿Qué fruto recogió Alarcón de tantos afanes, de tal derroche de tinta, de casi tres lustros estériles para su vocación verdadera? Lo diremos en pocas palabras, extractando las páginas que consagra el Sr. Catalina á reseñar detenidamente los fastos políticos del autor de *El Escándalo*.—Un nombramiento de canónigo en la catedral de Guadix, para un su hermano beneficiado en otra catedral. Una demanda ante la justicia, por dimes y dires electorales con un gobernador. Un acta de diputado, obtenida á la segunda intentona. En 1866, el destierro, por haber firmado la célebre protesta de los diputados unionistas. Asistir á la batalla del puente de Alcolea, con Correa y Ayala, diciendo agudezas cuando

las balas rebotaban en torno suyo. Un nombramiento de Plenipotenciario para la corte de Suecia y Noruega—nombramiento que rehusó.—Otra acta de diputado. Una campaña desesperada y maldita, á disparos de artículos y folletos, en favor de la más impopular, inmoral y antipática de las candidaturas al trono español.—Tercer acta, y tercer legislatura.—Segunda derrota, y campaña contra el Gabinete Sagasta-Romero Robledo.—Nueva campaña dinástica, no ya á favor del cuñado destronador de su cuñada, sino del hijo de la destronada señora, ó sea D. Alfonso de Borbón. Artículo decisivo, de esos que sólo escriben los verdaderos literatos y sólo aprovechan los políticos verdaderos, titulado *La unión liberal debe ser alfonsina*.—Resultado final: una plaza de Consejero de Estado, la gran cruz de Isabel la Católica, simpatías en las filas conservadoras, entrada en la Academia.... ¡Siquiera Núñez de Arce llegó á ministro!

Cuanto más considero las empresas políticas de Alarcón, más me persuado de que fueron un prolongado yerro, una equivocación funesta. Alarcón no servía para el caso. Pruébalo

el mismo desinterés y nobleza que, según nos dice Catalina, supo manifestar, ya esperando para *resellarse* públicamente la caída de O'Donnell, y rehusando á raiz de la subida de Amadeo las tentadoras ofertas de Silvela y Prim, ya contentándose con la plaza relativamente modesta de Consejero, «primer destino que llegó á desempeñar en veintiún años de vida política». Aprobando, respetando y admitiendo este desinterés en que creo, no puedo menos de encontrar en él algo extraño, algo que pugna con la índole de las evoluciones políticas de Alarcón. Lo único que explicaría una adhesión militante á O'Donnell y Montpensier, ó una campaña tan odiosa como la que Alarcón sostuvo á favor de la esclavitud en *El diario de la Marina*, no es ciertamente ese desinterés caballeresco y absoluto. Lo que prueba ese desinterés es la carencia de ideal social de Alarcón, y la índole de su naturaleza meridional, *en dehors*, dócil á las impresiones, á las simpatías, rebelde al raciocinio y al método. Su propio empeño en demostrar que toda la vida había profesado «las mismas ideas religiosas, morales, de gobierno, didácticas y de todo orden», es un argumento

contra la precisión y claridad de esas ideas, que le permitieron ser sucesivamente, y sin detrimento de su integridad, libelista demagogo, unionista, monárquico de Montpensier, monárquico de Alfonso, esclavista, apóstol laico... ¡Ah! ¡Es que Alarcón, nacido para las letras, bellas, amenas y *desarmadas*, fué ante todo *ingenio y fantasía*, y el hombre político, enterizo y serio, es ante todo *pensamiento y voluntad!*

III

Síntomas de cansancio.—Vida doméstica.—La batalla literaria.—Muerte.

Dejando ya á un lado las equivocaciones políticas de Alarcón, digamos que después del paréntesis abierto tras la publicación del viaje *De Madrid á Nápoles*, reapareció en el palenque literario en 1874 con *La Alpujarra*, á la cual siguió *El Sombrero de tres picos*, punto culminante de la inspiración alarconiana. Retrocedamos ahora para recordar cuál era, aparte de la actividad política y literaria, la vida íntima de Alarcón, donde no podemos calar más hondo de lo que él mismo nos permita.—El año de 1863 fué para Alarcón año crítico, pues fué, como él dice, «el de las muertes». En Enero le llevó

á Guadalajara el fallecimiento de un amigo (no sabemos cuál). En Febrero hizo la viajata de Madrid á Guadix, llamado por uno de los mayores dolores que caben en la tierra.... la muerte de un padre.—En Marzo regresó de Guadix á Madrid, citado por Pastor Díaz moribundo.... Pastor Diaz, de quien dijo diez y nueve años después, en un soneto:

«Él me amó como padre: fué mi amigo,
Mi maestro, mi amparo...., y yo, de hinojos,
¡Ay triste!, de su muerte fui testigo....»

Y en Septiembre del mismo año empezó á morir la fogosa y desmandada juventud de Alarcón.... Este fenómeno lo señala en su *memorandum* con pocas y expresivas palabras: «Portugalete. — Baños de mar... — Síntomas matrimoniales». Sí; venía la madurez; y venía en forma de hastío de la soltería, de ansia de hogar, tomado (á lo que puede columbrarse) con la significación de *puerto de reposo*.... No quisiera deslizarme en conjeturas atrevidas; pero hay una frase en la *Historia de mis libros*, de Alarcón, que parece indicar que atravesó su horizonte un relámpago de esos á

cuya luz se ve la vida diferente...., por completo mudada.... He aquí la frase, que me hace entrever algún episodio del género de *Tic... tac...* «Para colmo de transformación, la fatalidad ó la Providencia me había sometido en mis últimos años de soltero, á una de aquellas pruebas que refunden y modifican la naturaleza más áspera y rebelde.... ¡Era otro hombre!...» Nada más sabemos de la misteriosa prueba.... Y para que nadie nos acuse de juicio temerario, traslademos otro párrafo de Alarcón, tomado de una crítica antigua y desacertada de la *Fanny*, de Feydeau. Después de calificar la novela de Feydeau de «boletín de un adulterio vulgar», añade Alarcón, confesándose, según costumbre, con el público: «Como tales cosas les han sucedido á casi todos los seglares (con diferencia de horas, de sitios, de trajes, de muebles, de palabras y de caricias....; pero no con diferencias muy radicales, pues en esas miserias poco hay que inventar) *resulta que lee uno el libro con cierto interés, pues se trata de sus propias aventuras....*»

Dejando lo conjetural que se relaciona con aquella prueba que refundió y modificó á

Alarcón, y apreciando solamente lo que es del dominio público, diremos que desde los primeros síntomas matrimoniales hasta el casamiento transcurrieron dos años ó poco más. En Febrero de 1866 ya vino Alarcón de Granada á Madrid «muy bien acompañado para siempre». Llámase la que es hoy su viuda Doña Paulina Contreras y Reyes; la boda se verificó en Granada, y sin duda los primeros y gratos momentos del idilio conyugal corrieron á la sombra del glorioso laurel de la Zúbia... El Sr. Catalina nos informa de que Alarcón encontró una señora dignísima, y de que á su vez «el estudiante calavera, el literato de mala vida, el soldado de África y el hombre del gran mundo» supo ser el más fiel y formal de los maridos y el más bonachón de los padres. En diferentes párrafos de su prosa y renglones de sus poesías se jacta de lo mismo Alarcón.

Sin quitar ningún mérito á estas virtudes domésticas, y sólo á título de inexcusable observación crítica, añadiremos que en Alarcón había ido graduándose lentamente la enfermedad que producen las juventudes borrascosas y los despilfarros de energía, que se llama

cansancio vital, y que antaño llevaba á la celda monástica y hoy á la celda del matrimonio. —Todavía, sin embargo, conservaba Alarcón en la «edad de Cristo» mucha y saneada parte de su vivacidad juvenil. El padecimiento latía, sin manifestarse en alarmante forma. En esa época de su vida le encontramos desterrado en París, «solo y sin cartas de España»; haciendo viajes de tapadillo á la frontera; regocijado con el nacimiento de su hija Paulina, y, cuando resuena el somatén revolucionario, yendo á Córdoba en calesa por hallarse ya cortado el ferro-carril, de Córdoba á Sevilla en tren insurrecto, de Sevilla á Córdoba, con el Cuartel general del Duque de la Torre, de Córdoba á Alcolea, á caballo...., y en Alcolea, oculto tras una tapia ruinosa, en compañía del oportuno y discreto Ramón Correa. «Los dos periodistas tendiéronse en tierra. Los cañonazos menudeaban de lo lindo; las balas silbaban cerca del paredón. Aquello era por momentos una verdadera granizada. Correa y Alarcón ahondaban con sus cuerpos en la tierra todo cuanto podían....; pero ¡nada!, el peligro se acercaba por momentos; las balas pasaban rozando las ropas de los dos

poetas. Al fin Alarcón rompió el silencio, diciendo:

— «Ramón, Ramón, ¿estás ahí? ¿Estás vivo?»

— «Sí, ¿y tú?»

— «Yo, con un miedo terrible; porque, chico, como los soldados de Novaliches vienen de Madrid, las balas que disparan nos buscan á nosotros; somos los únicos á quienes conocen.»

Los primeros años de la Revolución muestra Alarcón todavía gran actividad física, y se prodiga en viajes electorales, hasta que, con mejor consejo, realiza el de la Alpujarra, génesis de un libro hermoso y original. En 1874 visita el Monasterio de Yuste, caminata que, según él mismo nos dice, tiene por condición *sine qua non* la de ser algo jinete, para recorrer á caballo las seis leguas que separan á Navalnoral de la Mata de Jarandilla. Sin embargo, dos años después, en 1876, frisando Alarcón en los cuarenta y tres años, edad en que no es razón que estén arruinadas las fuerzas físicas ni el ánimo marchito, ya empieza á llamarse *viejo* con acento de melancolía. Reunido con tres amigos suyos, tratan de so-

bremesa de emprender el viaje más fácil y sencillo del mundo: á Salamanca, aprovechando la reciente inauguración del ferrocarril. Y tales dificultades surgen con sólo enunciar el proyecto, que Alarcón pronuncia un gracioso y humorístico discurso que empieza así: «Señores: ¡ Parece imposible que la edad nos haya reducido á tal grado de miseria! ¿Somos nosotros aquellos héroes que, hace algunos años, recorrían en mulo ó á pie las montañas más altas de Europa, expuestos á perecer entre la nieve, sólo por ver un ventisquero, una cascada, ó el sitio en que los aludes aplastarón á tal ó cual impertérito naturalista? ¿Somos nosotros los atrevidos exploradores de la Alpujarra, los temerarios visitantes de Soria, los que llegaron por tierra á la misteriosa Almería, y, sobre todo, los intrépidos descubridores de Cuenca...., de cuya existencia real se dudaba ya en Madrid cuando fuimos allá, sin razón ni motivo alguno, y en lo más riguroso del invierno, tripulando un coche-diligencia que volcó seis veces en veinticuatro horas?...» Sin duda ya estaba verificada en el espíritu del insigne escritor aquella transformación que declara así, en el *Cuadro gene-*

ral de sus viajes. «Pero, ¡amigo!, me cansé, y me casé: la primitiva fuerza centrífuga de mi carácter se convirtió en centrípeta tan luego como tuve casa y hogar.... Quiero decir con esto que, llegado á cierta edad ó á cierto estado de ánimo, mi antiguo afán de esparcirme, de ver, de ser visto, de correr mundo, de presenciar cuantos sucesos notables ocurrían en mi tiempo (afán que me había llevado á todo linaje de inauguraciones y espectáculos, á ver ajusticiar reos, á la primer Exposición universal de París, á la guerra de África, á la transfiguración de Italia en un solo Estado, á la zona en que el eclipse total de sol de 1860 fué visible, etc., etc.), se trocó en *una invencible tendencia* á recogerme, á concentrarme, á aislarme, á vivir en mi casa, con mi familia y con mis libros....»

Dos años después encontramos en el mismo *Cuadro general* (que es una autobiografía en cifra) la siguiente expresiva indicación: «Planto la tienda en Valdemoro». Puede, en efecto, considerarse evidente síntoma de finiquito social ese plante de tienda, dulce comedia de tranquilidad monástica que se representan á sí mismos los combatidos, los

exhaustos, los minados por la existencia, los misántropos, — con adquirida misantropía, más ó menos acentuada y más ó menos huraña, pero misántropos al fin.— Y celda fué, en realidad, lo que Alarcón encontró en Valdemoro: celda prioral, con jardín y huerto, que permitía refrescar memorias de la infancia, del tiempo en que manejaba «la azada, el almocafre, la hoz y otros muchos instrumentos de labranza» y realizar el dulce programa luisiano :

Del monte en la ladera

Por mi mano plantado tengo un huerto,

Que allá en la primavera....,

etcétera...., porque nadie dejará de completar la cita.

Por aquellos años, la movilidad y elasticidad que empezaba á perder Alarcón en la vida, las ostentaba lozanas y resplandecientes en las letras. En ellas se había concentrado la vehemencia y la impulsión ardiente que caracterizaron á aquel temperamento de africano. La última y más deseada y perseguida



ilusión, la que se compaginaba bien con el *almo reposo* y divinamente con la transformación de fuerza centrífuga en centrípeta, era la gloria, la gloria literaria inmarcesible y embriagadora que ya en la juventud le había acariciado con sus alas la frente. — Sosegado el oleaje de la Revolución, el Arte había recobrado sus derechos, y el nombre de Alarcón era sin duda alguna el que despertaba más ecos de simpatía en el público, sobre todo desde la publicación de *El Sombrero de tres picos*, con unanimidad declarado perla bellísima. Toda España vió, saboreó, y ensalzó la primorosa obrita tan castiza, tan acabada, tan fresca: — Distinta suerte, aunque no menor resonancia, estaba reservada á *El Escándalo*, que Alarcón escribió en circunstancias amargas y dolorosas. «Á fines del inmediato Mayo enfermaron de tos ferina todos mis hijos.... Luchaba ya con la muerte el más pequeño, cuando el 1.º de Junio lo llevamos al Escorial, á ver si lo salvaban aquellos puros y salutíferos aires. Pero murió al día siguiente de nuestra llegada.... Allí lo enterré, sino con mis propias manos, presenciando yo su inhumación. Decididos entonces á no separarnos

de su tumba sino lo más tarde posible, nos quedamos todo el verano en una casa frontera al cementerio, y desde la noche siguiente á la fúnebre ceremonia emprendí la tarea de acabar el malhadado libro». Cuatro semanas después se ponía á la venta *El Escándalo*.

Fué desde entonces la vida literaria de Alarcón perpetuo combate, al que se arrojó como el toro al rojo trapo, de estampía, exasperado, magullado, dolorido, exagerando su papel de corrector moral y de representante del idealismo espiritualista, impaciente al menor alfilerazo crítico, y con el amor propio tan en carne viva, que á la fuerza había de sufrir dolores crueles. Bien podría, sin embargo, vivir tranquilo y dichoso, cuando ganaba los mejores florones de su corona de escritor con las obras de su segunda época ó *manera*, que no sólo comprende *La Alpujarra*, *El Sombrero de tres picos* y *El Escándalo*, sino *El Niño de la Bola*, *El Capitán Veneno*, y finalmente, *La Pródiga*, y que tiene por bandera dos manifiestos leídos en la Academia Española: su discurso de recepción sobre *La moral en el arte*, y la contestación al nuevo individuo de número Alejandro Pidal, contes-

tación que se titula *Discurso sobre la oratoria sagrada*.

Asimismo podemos considerar como manifiesto y apología personal muy curiosa la *Historia de mis libros*. En ella ratificó Alarcón el propósito (concebido en horas de amargura y desaliento, después de publicar *La Pródiga*) de renunciar al cultivo de la novela, cuyo cetro se había escapado de sus manos para pasar á otras que aun hoy lo conservan. «Un invencible tedio hacia la vida literaria se apoderó de mi ánimo....» Era en 1884 cuando Alarcón, estampando estos conceptos, se despedía de la última forma de su actividad vital, tan poderosa y un tiempo tan desbordada. Tenía cincuenta y un años, es decir, era *joven* para las letras, y sin contrariar las leyes naturales ni violentar sus facultades pudo haber escrito quince años más, caso que Dios se los concediese de vida....

Tres años después, en Mayo de 1887, v í por vez primera á Alarcón, con quien había tenido correspondencia, pronto transformada en polémica epistolar....—Hallábame yo en la *Sala de manuscritos* de la Biblioteca Nacional, tomando notas y borrajando cuartillas para

las tres lecturas que dí entonces en el Ate-
neo, y que reunidas forman el tomo de *La
revolución y la novela en Rusia*. Grande fué
mi sorpresa, no al ver que se acercaba á mi
mesilla de trabajo el Sr. Tamayo y Baus—
porque éste me dispensaba á veces la honra
de venir á darme un ratito de palique—sino
al notar que le acompañaba un caballero
grueso, pálido, calvo, barbudo, en quien, por
la fidelidad de las fotografías, reconocí al
punto á Alarcón.

Y tuve el gusto de que me dijese que ha-
bía bajado expresamente para saludarme; y
la complacencia de oír de su boca (si ya no
lo probase suficientemente aquel acto de cor-
tesía) que no estaba enojado de verdad, sino
ligera y casi benévolamente *resquemado*, con
la autora de la *Cuestión palpitante*; y la sa-
tisfacción de que tomase asiento, y de que
me concediese hora y media de sazónada, de-
liciosa, animadísima plática, en que para ma-
yor bien terciaba, con su causticidad sola-
pada y seria, don Manuel Tamayo.

Algo me aguaba el contento observar en el
autor de *La Pródiga* estragos que atribuí á la
vida sedentaria, más que á la edad, que en

rigor no podía justificarlos.—Alarcón tenía la respiración sorda y dificultosa; los ojos apagados, mientras no los animaba la conversación; cierta atonía en el rostro, y, especialmente, una obesidad excesiva, un derroche de tejido adiposo, lo que llaman las gentes del pueblo *gordura falsa*. Su palidez amarillenta completaba el diagnóstico.—Y recuerdo que, habiéndole yo indicado la conveniencia de combatir esa propensión á la *polisarcia*, me contestó con melancólico donaire: «Ya sabe usted que soy moro..., y, por consiguiente, fatalista.... Alá es grande, y Él hará de mí lo que guste». Mirábale yo, y de moro le encontraba la figura: con aquella nariz algo curva, aquellos ojos hundidos, de azabache, aquella oriental barba, le sentarían á maravilla el turbante y el alquicel.

No volví á ver á Alarcón. Cuando preguntaba por él, la gente respondía: «Está muy enfermo.» «Ha muerto ya para la literatura.... No escribe dos renglones.... No puede moverse de un sillón.» «Herido de muerte.» «Cuestión de tiempo....» Quien me traía más boletines sanitarios era mi amigo el doctor Tolosa Latour, *médico de los niños y de los*

literatos (otros niños antojadizos y versátiles). Por lo regular, eran pesimistas las impresiones del doctor, y cuando las doraba algún tanto la esperanza, entrábanos una especie de impaciencia de *resucitar moralmente* al ilustre recluso. A veces ideábamos conjuras, proyectábamos homenajes, fantaseábamos resortes de comedia para obrar un milagro psico-físico....

Mientras tanto, realizábase con Alarcón el axioma místico: «Deja al mundo, que él te dejará....» El mundo iba dejándole en su soledad de enfermo impedido, mientras Alarcón, por el contrario, á última hora sentía una especie de fiebre de comunicación humana... (si hemos de creer las noticias de *La Época*, periódico tan culto como literario, que siempre manifestó á Alarcón simpatía, adhesión, respeto, todo lo que un escritor puede desear). He aquí el párrafo de *La Época* á que aludo: «Ha tiempo que Alarcón luchaba con una cruel enfermedad, que poco á poco, después de ir apagando los destellos de su inteligencia, le fué arrebatando la vida.... El mundo moderno, que vive con la rapidez de un vértigo continuo, habíase olvidado un tanto de su persona, aunque nunca de su personalidad;

pero Alarcón seguía siendo un esclavo del mundo y de su actividad en todas sus esferas; consagrandó á los periódicos toda su atención desde por la mañana, apenas cambiaba el lecho por el sillón en que tan amargamente se deslizaban sus horas, hasta por la noche, antes de entregarse nuevamente al reposo. El gusto con que Alarcón se dedicaba en sus últimos tiempos á esta lectura había llegado á revestir caracteres *de verdadero afán*: sin duda presentía que aquella diaria comunicación con una sociedad en la que tenía tantos amigos y admiradores, era el vínculo postrero que le ligaba personalmente con ella». ¡Cuán verdadero y cuán elocuente es este síntoma! ¡Y cuán intolerable para los temperamentos batalladores y activos la *paz y quietud* impuesta, forzosa! ¡Cuán poco nacido Alarcón para el claustro, siquiera el claustro tuviese forma de hogar dulce y amante! ¡Cuán hondas las raíces de la vida en aquel espíritu de llama!

El domingo 19 de Julio, á las ocho de la noche, espiró Alarcón en su casa de la calle de Atocha.

Rodeaban el lecho la esposa y los cinco hi-

jos: Paulina, la granadina, de veinticuatro años (aquella á quien su padre dedicara versos que rebosan ternura); Pedro, de diez y nueve; Miguel, de diez y ocho; Carmen, de quince, y Petra, de diez. Este angelito pronunció, al otro día de morir su padre, una frase conmovedora. Al ver que algunos diarios la omitían en la lista de la familia de Alarcón, exclamó la criatura: « ¡Se han olvidado de mí! ¡No saben lo que me quería! »

Un ruiseñor andaluz, regalo de un hermano del insigne novelista, colgaba, en una jaula, en la estancia de Alarcón. Hacía días que no cantaba el pájaro, por hallarse en la época de la muda. Pocos momentos antes del solemne, el ave favorita gorjeó y trinó: Alarcón, moribundo, se incorporó en su lecho, y murmuró « con expresión indefinible »:

— ¡ Ah! ¡ El ruiseñor!

Al terminar el canto volvió á caer en letargo ya mortal el enfermo. Admiraremos á la santa *Realidad*, generadora de toda *Poesía*. ¡ Qué últimas palabras más lindas, significativas é ideales pondría en boca de Alarcón el poeta que pretendiese inventarlas!

COLECCIÓN DE LIBROS ESCOGIDOS

I

LA SONATA DE KREUTZER

POR EL

CONDE LEÓN TOLSTOY

Este elegante volumen correctamente traducido del ruso, se vende á **tres pesetas** en las principales librerías.

II

EL CABECILLA

NOVELA NOVELESCA

POR

J. BARBEY

Preçioso volumen correctamente traducido é impreso. Se vende á **tres pesetas** en las principales librerías.

Los pedidos al por mayor á los Sres. Sánz de Jubera, hermanos, Campomanes, 10. — MADRID.

COLECCIÓN DE LIBROS ESCOGIDOS

III

MARIDO Y MUJER

POR EL

CONDE LEÓN TOLSTOY

El argumento de esta preciosa novela, escrita con sin igual delicadeza por el famoso autor de *La Sonata de Kreutzer*, puede resumirse en los siguientes versos de Martínez de la Rosa:

Hombre viejo y mujer joven
¡qué había de suceder!

Elegante volumen, edición de bibliófilo, de más de 300 páginas, **tres pesetas** en las principales librerías.

LA ESPAÑA MODERNA

REVISTA IBERO-AMERICANA

Cada número forma un grueso volumen que se vende suelto á

DOCE REALES

La redacción de esta REVISTA la constituyen los siguientes escritores: **Arenal** (Doña Concepción), **Barrantes**, **Campoamor**, **Cánovas**, **Castelar**, **Echegaray**, **Galdós**, **Menéndez y Pelayo**, **Pardo Bazán** (Doña Emilia), **Palacio Valdés**, **Pi y Margall**, **Thebussen**, **Valera** y **Zorrilla**, con los que alternan, en concepto de colaboradores, los primeros publicistas españoles.

Precios de suscripción, pagando por adelantado:

En España, seis meses, *diez y siete pesetas*; un año, *treinta pesetas*. — En las demás naciones europeas y americanas, y en las posesiones españolas, un año, *cuarenta francos*, enviando el importe á esta Administración en letras sobre Madrid, París ó Londres.

Todas las suscripciones deben comenzar en Enero ó Julio de cada año.

Se remite un tomo de muestra gratis á quien lo pida.

Quedan algunas colecciones de los años 1889 y 1890.

Envíese el importe de la suscripción al Administrador de LA ESPAÑA MODERNA, Cuesta de Santo Domingo, 16, pral. — MADRID.

PERSONAJES ILUSTRES

TOMOS PUBLICADOS

El P. Luis Coloma, por E. Pardo Bazán	2 pts.
Núñez de Arce, por M. Menéndez y Pelayo	1 »
Ventura de la Vega, por Juan Valera	1 »
Gautier, por Emilio Zola	1 »
Hartzenbusch, por A. Fernández-Guerra	1 »
Cánovas, por Campoamor	1 »
Alarcón, por E. Pardo Bazán	1 »

EN PRENSA

Ayala, por Picón; *Trueba*, por Becerro de Bengoa; *Martínez de la Rosa*, por Menéndez y Pelayo; *El Duque de Rivas*, por Valera; *Castelar*, por Balart; *Fernán-Caballero*, por Asensio.

EXTRANJEROS ILUSTRES

I Jorge Sand.	VI Dumas (hijo).
II Victor Hugo.	VII Flaubert.
III Balzac.	VIII Chateaubriand.
IV Alfonso Daudet.	IX Goncourt.
V Sardou.	X Musset.

Todos por **Emilio Zola**, á una peseta.

LA ESPAÑA MODERNA

REVISTA IBERO-AMERICANA

Escrita por **Arenal** (Doña Concepción), **Barrantes**, **Campoamor**, **Cánovas**, **Castelar**, **Echegaray**, **Galdós**, **Menéndez y Pelayo**, **Pardo Bazán** (Doña Emilia), **Palacio Valdés**, **Pi y Margall**, **Thebussem**, **Valera**, **Zorrilla**, etc.

Precios de suscripción, pagando por adelantado:

En España, seis meses, *diez y siete pesetas*; un año, *treinta pesetas*.—Fuera de España, un año *cuarenta francos*, enviados directamente á la Administración en letras sobre Madrid, París ó Londres, ó en billetes de cualquiera nación europea.

Las suscripciones comenzarán en Enero ó Julio de cada año.

Se remite un tomo de muestra gratis á quien lo pida por escrito al Administrador, calle de Serrano, 68, Madrid.

OBRA DE SENSACIÓN

LA GUERRA FRANCO-PRUSIANA

POR EL GENERAL CONDE DE MOLTKE

Muy pronto se pondrá á la venta este importantísimo libro, del que tanto se ocupa la prensa de todo el mundo.

La edición española verá la luz al mismo tiempo que las francesa, inglesa é italiana, y se venderá á la mitad de precio que éstas, ó sea á **seis pesetas**.

Forma un grueso volumen del tamaño de *La España Moderna*.